

## MENSAJE DE AÑO NUEVO 1955

Al comenzar hoy un nuevo año en el exilio quiere el Gobierno de la República Española reiterar su fé inquebrantable en el triunfo de la causa que defiende y defenderá siempre y enviar un saludo emocionado a cuantos mantienen incólume su fervor republicano y patriótico. En el transcurso de los años de paciente espera ha habido deserciones que no podemos negar. Hubo también fatigas y escepticismos lamentables. Algunos pensaron que todo esfuerzo sería ya inútil y se refugiaron en esta postura negativa para no hacer nada. Otros se cansaron de aguardar y se han apartado de la lucha sin tener en cuenta que dentro de España hay muchos hermanos nuestros que se hartan de sufrir y, sin embargo, siguen con su cruz a cuestas. Por fortuna, son una exigua minoría los que han sentido invadir su alma por cualquiera de esos fríos glaciales de que no saben o no quieren librarse. La inmensa mayoría de nuestros compatriotas, dentro y fuera de España, continúa manteniendo una esperanza anhelante y responderá a la llamada del deber cuando llegue a sus oídos y penetre en sus corazones. Saben bien esos hombres de espíritu incontaminado que la guerra franquista no ha podido rendir frutos eternos a los triunfadores y que acabará por disiparse todo lo actual, para dejar paso al restablecimiento de los derechos humanos en la nación.

Ya demostró Norman Angel que "La Gran Ilusión" en las guerras es creer que la guerra "paga". No, la guerra no paga nunca. Lo único que hace es crear la igualdad en la ruina de vencidos y vencedores. ¿A qué aspiraban Franco y sus cómplices al desencadenar su monstruosa guerra en España? Haciéndoles el máximo honor, vamos a admitir que su aspiración era efectivamente, según tantas veces han proclamado, obtener después y como consecuencia de ella un milagroso engrandecimiento de la patria. ¿Qué consiguieron? Hambre, prostitución, inmoralidad, sevicia, peculado... Aquella ambiciosa gran cruzada ha fracasado recubierta por montañas de estiércol. Jamás existió en España tanta corrupción, tanta podredumbre y tanta concupiscencia como ahora. Incluso les fracasó de manera rotunda su campaña anticomunista, no ciertamente inicial, porque el resultado obtenido con ella fué precisamente el contrario del que buscaban, y era natural que así sucediese.

La mejor lucha contra el comunismo es la lucha contra la miseria y Franco ha sido desde un principio el más diligente incubador de esta plaga social. Antes de él era el comunismo en España un tema literario más que una realidad política. Pero el régimen franquista desató sobre nuestro país el hambre en todas sus manifestaciones: hambre de alimentos, hambre de vestidos, hambre de viviendas, hambre de cultura... y, por encima de todas estas hambres pavorosas, el hambre de libertad. Y hoy existe en el interior de España una adhesión o una simpatía a las ideas comunistas que antes de Franco nadie habría llegado ni a sospechar; en la actualidad ocurre a veces que entre los que allí tienen sed de justicia, o sea la casi totalidad de los españoles, se reacciona contra los dictérios anticomunistas del franquismo diciendo: "Cuando ellos les combaten tanto es que los comunistas deben tener razón". A tales aberraciones conduce la supresión de la libertad en los pueblos.

Nosotros no hemos perdido la confianza en el sentimiento liberal, democrático y republicano de los españoles que eran ya hombres cuando Franco y sus cómplices nos impusieron una guerra feroz, y por eso estamos seguros de que sus firmísimas convicciones no serán abatidas por nada. Pero al cabo de los años transcurridos bajo una autocracia substantivamente despótica, en que la mentira es la principal arma de gobierno, nos inquieta el estado espiritual de la juventud que era niñez cuando la gran infamia se produjo. Cada vez que hemos podido hablar en nuestro destierro con muchachos españoles temporalmente salidos de la patria nos hemos asombrado del miserable engaño en que se les tiene sobre la República y sus hombres. A su vez ellos revelan signos de estupefacción al irles nosotros presentando y demostrando facetas de la verdad. Sus actitudes nos han permitido interpretar el hasta entonces incomprensible despego para los problemas nacionales más agudos que invade a grandes sectores de la población juvenil de España. Los jóvenes están allí fundamentalmente desconcertados y desorientados en general. Algunos, los más inquietos, se refugian en extremismos que ingenuamente creen salvadores. Muchísimos adoptan como derivativo la pasión por los deportes. Y un grupo selecto, bastante numeroso y en el que destacan individuos de mérito sobresaliente, ha encontrado en la poesía, en la novela o en el teatro su tabla de salvación y el medio de expresión de sus dudas.

A toda esa juventud, y a la que tesoneramente se afana en las Universidades, en las Escuelas especializadas, en los Seminarios, en los Institutos de investigación económica y social, en los Laboratorios biológicos y químicos, en las cátedras, en las clínicas, en los bufetes, en las fábricas, en los talleres, en los andamios y en el campo, el Gobierno de la República se atreve a proponerle una tarea muy sencilla, pero esencialmente revolucionaria. Esta: pedir todos los días y por todos los medios hábiles al Gobierno del General Franco que permita dentro de España controversias públicas sobre lo que fué nuestro régimen y lo que es el régimen nacional-sindicalista. ¿Cabe nada más natural que ese anhelo por enterarse? Los jóvenes no pueden formar juicio por sí mismos porque se les ha privado de los elementos indispensables para hacerlo y nosotros se los queremos proporcionar. ¿Quieren realmente saber la verdad sobre el pasado inmediato y el doloroso presente? Reclamen el derecho a enterarse un día, y otro, y otro hasta que logren ser oídos y complacidos o hasta que se convencan de que el franquismo adora el monólogo y aborrece el diálogo porque sabe que no tiene razón. Si la tuviera, ¿por qué no iba a aprovechar esa demanda para triturarnos ante la opinión nacional?

La tiranía es en sí misma abominable, pero resulta todavía más odiosa precisamente porque impide la crítica, que es el más elevado de todos los derechos inherentes a la persona humana. Con las libertades ciudadanas suprimidas gobierna cualquier imbécil, dijo Mazzini. O cualquier loco, añadió yo. ¿Habría podido Hitler, el gran demente, llevar a Alemania al desastre atada de pies y manos en un régimen de libertad? Gobernar dictatorialmente es en extremo fácil. Lo enormemente difícil es gobernar en libertad, con libertad y para la libertad. Porque bajo la tiranía el pueblo es un rebaño de esclavos y en la libertad el pueblo es una colectividad de hombres.

La juventud de nuestros días tiene reservado un gran papel histórico en la inminente restauración moral de España. Si lo rehuye habrá sido traidora a sí misma. No basta con que comience a sentirse incómoda por los efectos ya tangibles de la presión creciente de esos dos inmensos dogales que se llaman el Concordato con Roma y el Pacto con Washington y con que sufra cada vez más la angustia de una situación económica insostenible y la asfixia de una censura total sobre las expansiones del espíritu. Es necesario más, muchísimo más. Tiene la obligación sagrada de ir, creando activamente, en un batallar de todos los momentos, el porvenir que ha de ser suyo, un porvenir en que el hombre vuelva a ser hombre, en que se pueda creer y opinar libremente, en que desaparezca el miedo a la autoridad arbitraria, en que todos los españoles sean iguales ante la ley, con los mismos derechos y los mismos deberes. Todo esto lo habían conquistado para España los abuelos y los padres de esos jóvenes. Franco y sus cómplices se lo apropiaron para su exclusivo beneficio con el auxilio de militares extranjeros. Pero es inaplazable el restablecimiento de las garantías del alma y del cuerpo porque sin ellas no es posible vivir una vida plena y digna. Para procurar la recuperación de lo villano y violentamente arrebatado al pueblo español, laboramos con ahínco quienes por ser ya viejos comprendemos mejor que los que nunca la disfrutaron lo apetecible que es la libertad. A esta obra reivindicadora deben sumarse con urgencia y decisión los jóvenes que apetezcan un mundo mejor que aquel en que se criaron y educaron. Sería maravilloso que el año 1955 diese nacimiento a esta admirable rebelión de la juventud española saciada de tener el pensamiento ahogado y ansiosa de recobrar el derecho a la discrepancia que sus padres y sus abuelos tuvieron. Creer en la libertad y batallar por lograrla es la más sublime incumbencia del hombre que merece serlo. Triste destino el de quienes en la plenitud de la vida no acierten a verlo así y se resignen a vegetar al dictado y bajo el látigo de unos aventureros audaces.

París, 1 de Enero de 1955

EL PRESIDENTE DEL GOBIERNO DE LA  
REPUBLICA ESPAÑOLA

Félix Gordón Ordás